

Walzer, Michael (2023). *The struggle for a decent politics. On “liberal” as an adjective.* Yale University. 176 páginas.

Imanol Galarraga Castaño
UCM  

<https://dx.doi.org/10.5209/aris.93885>

En su último libro, el renombrado experto en filosofía política Michael Walzer reflexiona, desde la soledad de la cuarentena a la que el Covid-19 nos condenó, sobre el adjetivo “liberal”, y la influencia que este tiene sobre el sustantivo que le precede (demócrata, socialista, nacionalista, etc.). Según Walzer, el liberalismo no es un “-ismo” como cualquier otro, por mucho que algún día lo fuera. Más que por su adscripción a determinadas posiciones políticas, considera que un liberal es ante todo quien despliega una actitud moral libre de “prejuicios, generosa y tolerante” (*open-minded, generous and tolerant*) ante la diversidad (Walzer, 2023, p. 3). El adjetivo “liberal” es, como defenderá Walzer, lo que separa a los individuos que se adscriben a cierta ideología de sus “camaradas” dogmáticos e intolerantes. Por tanto, a lo largo de este libro, Walzer analizará, valiéndose en muchos casos de sus propias vivencias (la revista que fundó en la universidad, sus visitas a Israel, etc.), sus compromisos políticos, y verá cómo los deforma el adjetivo “liberal” que les añade. Tras centrarse en el primer apartado en presentar brevemente a lo que se refiere con dicho adjetivo, dedicará cada uno de los próximos capítulos a uno de esos compromisos. Analizará primero, por separado, lo que para él significa ser un demócrata, un socialista, un nacionalista e internacionalista, un comunista y un feminista liberal. Después, se centrará en su trabajo, explicando lo que es, en su opinión, un profesor e intelectual liberal, para acabar revisando lo que refiere a su comunidad política, esto es, lo que entiende por “judío liberal”. Por último, el apartado final versará sobre quién puede y quién no puede ser liberal, sobre si hay grupos, ideologías o identidades a las que no se les puede añadir el adjetivo “liberal”.

La idea de la democracia es la de un pueblo que se gobierna a sí mismo, la de un gobierno de la mayoría. Pero esa idea, por deseable que parezca, ha sido llevada a cabo de muy diversas formas, pocas veces realmente justas e igualitarias. Tal y como dice el autor, desde el principio la esclavitud, el racismo, la misoginia, la xenofobia, y la lucha de clases han “eclipsado” (*shadowed*) la democracia (p. 7). Hace falta también un conjunto de normas que regulen el gobierno de esa mayoría, y ahí es donde Walzer sitúa el adjetivo “liberal”, ya que este garantiza la libertad de la sociedad civil; lo que hace es defender los derechos y libertades individuales ante el peligro de la tiranía de la mayoría. Funciona, por tanto, como límite del poder absoluto que una mayoría tendría en una democracia no liberal.

Respecto al socialismo liberal, Walzer lo contrapone a los distintos movimientos socialistas iliberales que han defendido una revolución violenta y han acabado estableciendo gobiernos autoritarios y sangrientos. En ellos, ha sido habitual la defensa de una vanguardia supuestamente capacitada para decidir por el resto de la población, la cual no puede ser fácilmente sustituida en cuanto lidera la revolución. La hipotética sociedad futura a la que aspiran justifica así la severa disciplina necesaria para llegar a ella, y también la represión de la oposición. Por ello, es necesario, según el autor, añadirle el adjetivo “liberal” al sustantivo “socialismo”, para separarse de aquellos socialismos iliberales y sus crueldades. Los hombres y mujeres caracterizados por el adjetivo “liberal” condenan brutalmente la represión y el asesinato en masa. El socialismo que Walzer defiende es un socialismo cambiante, que no puede llegar a su fin, surgido a través del acuerdo entre individuos con distintas capacidades y condiciones, con unos dirigentes revocables. Un socialismo diverso que permite la desigualdad, ya que ésta, según dice, existirá siempre, aunque no sea ya de clase o raza. Por ello, el objetivo es una economía pluralizada y una sociedad más cooperativa, para que los ciudadanos puedan reconocerse y relacionarse como iguales” (p. 54).

El siguiente compromiso que analizará será el de nacionalista e internacionalista liberal, lo cual a primera vista puede parecer contradictorio. Pero esa contradicción se resuelve con la definición que da tanto de “nacionalista” como de “nacionalista liberal”. Los nacionalistas son individuos que ponen los intereses de su nación por encima, y los nacionalistas liberales personas que hacen lo mismo pero aceptando el derecho del resto de hacer lo propio con sus respectivas naciones. El nacionalista liberal, así, defenderá la libertad de

todos los individuos de proteger los intereses de su nación, defendiendo también la cooperación y la solidaridad entre fronteras, por lo que puede definirse también como internacionalismo liberal.

El comunitarismo, la defensa y sentimiento de pertenencia a cierta comunidad, por mucho que nos ofrezca un lugar del que sentirnos parte, puede ser en muchas ocasiones una limitación más que una ayuda. Walzer pone el ejemplo del ciudadano ideal de Rousseau, tan comprometido con la vida pública que apenas tiene tiempo para cuidar otros aspectos de su vida. En su caso, la ciudadanía implica un compromiso que excluye a todos los demás. El comunitarismo liberal, sin embargo, evitaría eso, permitiendo a los ciudadanos faltar a algunas reuniones en aras de su felicidad privada, dejándoles tiempo también para disfrutar de sus aficiones. Sería, por tanto, un comunitarismo no restrictivo que permite al individuo formar parte de varias comunidades al mismo tiempo, a la vez que deja tiempo para las actividades individuales. El comunitarismo liberal, además, nos enseña que no siempre tenemos la posibilidad de elegir todas las comunidades de las que formamos parte (la nación, la religión, etc.), y nos da la posibilidad de elegir hasta qué punto queremos estar comprometidos con ellas. Los protagonistas del adjetivo “liberal”, así, podrán rechazar o “evadir la avaricia” (*evade the greediness*) (pp. 94-95) de algunas comunidades e insistir en que hay diferentes maneras de ser americano o judío.

Walzer también abraza el término “feminista liberal”. Pero, ¿en qué sentido es liberal el feminismo? Walzer habla de feminismo liberal para referirse a un feminismo que acepta la multiculturalidad sin justificar las costumbres opresivas para las mujeres bajo un simple “hay que respetar sus costumbres” (p. 102). La lucha contra la misoginia o las diferentes tradiciones misóginas ha de hacerse, en consecuencia, de muy diversas formas dependiendo de la situación específica. El Estado podría intervenir en casos extremos como, por ejemplo, los matrimonios forzados o la mutilación genital, y, como dice el autor, si el grupo intervenido no puede resistir dichas inferencias, quizá no debería sobrevivir. En otros casos, como el de algunas congregaciones o comunidades religiosas por ejemplo, en los que el problema principal es la poca presencia de mujeres en puestos de poder, el Estado no tendría derecho a interferir, ya que las mujeres son libres de abandonar dichos grupos si no están de acuerdo con ellos, y siempre tienen la posibilidad de cambiarlos desde dentro. Habría que dejar a las mujeres de esas comunidades buscar la igualdad por sus propios medios, solo un feminismo iliberal creería, según Walzer, que la suya es la única manera de hacer las cosas. Las mujeres de diferentes comunidades religiosas producirán diferentes versiones del feminismo, diferentes maneras de ser mujeres liberadas.

Tras este recorrido por sus diferentes compromisos políticos, Walzer analizará lo que supone ser liberal en su trabajo, esto es, ser un profesor e intelectual liberal. Eso supone para Walzer ser honesto al presentar sus ideas, exponer las críticas más profundas que se le han hecho a las tesis que defiende, y aceptar el debate sin censurar a quienes puedan criticarlas. Además, tiene que defender el pluralismo dentro de la Facultad o las clases, sin intentar llenar la universidad de personas afines a sus ideas. Nunca debería actuar de forma que haga creer a los docentes no titulares o a los estudiantes vulnerables que deberían ajustarse a cierto estándar ideológico, las Facultades no son organizaciones políticas. En casos en los que un docente mantiene un discurso racista, por ejemplo, Walzer opina que la administración no debería interferir. El resto del profesorado podría ayudar a la Facultad a decidir si es un miembro valioso y si tiene derecho a seguir en la universidad, y el alumnado, ante una opinión que considere problemática, siempre puede escribir un artículo bien argumentado para mostrar su disconformidad. Deberían unirse al debate, no tratar de reprimirlo. Con el adjetivo “liberal” se refiere aquí en gran medida, por tanto, a la libertad académica.

Walzer, por último, se define también como un judío liberal. Según dice, el pluralismo ha sido una característica de la historia judía durante mucho tiempo, ya que, sin un Estado propio, las comunidades judías se han organizado de formas muy diversas. Pero la pluralidad y diversidad, aunque establezcan una base para el liberalismo, no son suficientes, lo que cuenta es la aceptación de la diferencia como algo bueno. Lo que hace liberal a una religión es, así, el considerar la diferencia positiva, el aceptar la diferencia queriendo mantenerla, no solo como un mal menor hasta que la forma “correcta” de fe se imponga. Los Estados Unidos de América le parecen a Walzer un ejemplo de cómo un Estado democrático liberal debe actuar con respecto a la religión, permitiendo la libre asociación y fe de sus miembros siempre y cuando esta sea voluntaria, y asegurándose de que los valores cívicos sean enseñados a los más jóvenes. El judaísmo liberal, con todo, debe permitir la existencia de diferentes formas de judaísmo (incluso de formas iliberales), lo cual sería imposible en un judaísmo iliberal.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, Michael Walzer nos propone en este libro una interesante concepción de lo que significa ser liberal. El adjetivo “liberal” se añade así a un sin fin de sustantivos, cualificando estos. Podemos ser socialistas, libertarios o conservadores liberales, entre otras muchas cosas, e incluso una monarquía puede ser liberal. El rasgo común que todos ellos deben compartir para que puedan ser considerados liberales es, con todo, la defensa del pluralismo, y la nula intención de imponer su manera de hacer las cosas como si esta fuera la única posible. Se puede ser liberal de muchas maneras, y solo unos pocos sustantivos (como el racismo, por ejemplo) no tienen la posibilidad de ser influidos por el liberalismo, ya que son intrínsecamente iliberales. El adjetivo “liberal”, por ende, nos asegura la defensa de todos los individuos y su derecho a vivir la vida de la manera que consideren más adecuada, siempre y cuando ese modo de vida se base en la libre asociación y en el respeto por los derechos del resto. Esto implica, la mayoría de las veces, la necesidad de alzar la voz y situarse del lado de las minorías y los oprimidos. Walzer nos ayuda así a comprender el adjetivo “liberal” de una forma diferente, convirtiéndolo en una forma de ser socialista, nacionalista, etc. en vez de ser un compromiso diferente a aquellos. Para él no hace falta elegir entre ser socialista o liberal, por poner un ejemplo, sino que, seas lo que seas, cualquiera que sea el compromiso al que te adscribas, lo seas de una forma liberal.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que este es un libro de gran interés y relevancia. Con respecto a su contenido, como el mismo Walzer subraya, nos ofrece un arma para librar una de las batallas políticas más importantes de nuestro tiempo: la que nos enfrenta al autoritarismo, a la xenofobia, el fanatismo religioso, etc. El adjetivo “liberal”, tal y como nos lo presenta en este libro, sirve para luchar contra todos esos males que acechan en la situación política actual; nos ayuda a defender la decencia y la verdad, imprescindibles para garantizar la libertad y la igualdad. Esta reafirmación de lo que ser liberal supone es de gran ayuda también para separarse de aquellos que bajo el adjetivo “liberal” defienden simplemente sus propios intereses, escudándose en el “libre mercado” para sostener posturas individualistas en aras de obtener el máximo beneficio individual posible. El liberalismo que Walzer defiende no tiene nada que ver con eso, sino con lograr una libertad igual para todos, que cada uno pueda decidir cómo desarrollar su proyecto de vida personal, siempre y cuando esa libertad no se use para justificar la tiranía sobre otros. Por otro lado, lo interesante del libro viene también por las circunstancias en la que se ha escrito y el objetivo que tiene. Tras una larga trayectoria académica escribiendo sobre la tolerancia, la guerra justa, la justicia económica, el nacionalismo, etc. Walzer pone así el broche de oro a su carrera, afirmando que probablemente es el último libro que escribirá. Por ello, se vale de un lenguaje más cercano, accesible para todo aquel interesado en leerlo, evitando los formalismos académicos como las notas a pie de página y las innumerables referencias. Lo escribió en su casa, sin acceso a los libros que guardaba en su despacho, valiéndose solamente de los pocos que tenía a mano, sin grandes pretensiones. Tal y como sostiene, este no es un libro de teoría política, sino una celebración de todos aquellos que puedan sentirse reconfortados por el adjetivo “liberal”. A ellos les escribe.